

victoria del nombre cristiano, abandonaron sobrado pronto la ciudad que habian venido á defender. En agosto de 1669, el duque de Navailles regresó á Francia con su escuadra, y al mismo tiempo se retiraron de Creta las galeras pontificales. La guarnicion veneciana solo era ya de tres mil hombres, en tanto que las fuerzas de los sitiadores, procedentes de la Anatolia, Rumelia, Egipto y costas berberiscas, se aumentaban de dia en dia. No era pues posible la lucha: los Venecianos pidieron gracia, que les otorgó el gran visir. En 27 de setiembre de 1669 recibió las llaves de la ciudad en una aljofaina de plata, y regaló mil ducados á los que las llevaban. Exigió la completa evacuacion de Candía por los Venecianos, y él mismo suministró navíos para transportar á los vencidos al Adriático. Dejaron todos, llorosos, aquella isla de Creta que habia poseído su república durante cuatrocientos sesenta y cinco años. El papa Clemente IX murió de pesadumbre, al saber este desastre de la Europa cristiana, en 9 de diciembre de 1669.

CAPITULO II.

SUMARIO.

- § I. PONTIFICADO DE CLEMENTE X (29 de abril de 1670-22 de julio de 1676).
1. El cardenal Bona y sus obras. — 2. Eleccion y gobierno de Clemente X. — 3. Asunto de la *regalia* en Francia. Muerte de Clemente X. — 4. Espinosa. Su sistema panteista. — 5. Descartes. Juicio de su filosofía. — 6. Peligros del cartesianismo señalados por Bossuet. — 7. Malebranche.
- § II. PONTIFICADO DE INOCENCIO XI (21 de setiembre de 1676-21 de agosto de 1689).
8. Eleccion y actos primeros de Inocencio XI. Su carácter y antecedentes. — 9. Esplendor de la Francia, bajo Luis XIV. — 10. *Historia eclesiástica* de Fleury. — 11. Las dos máximas fundamentales del galicanismo segun Fleury. — 12. Argumentacion de Fleury contra el ejercicio del poder pontificio en la edad media, sacada de las falsas Decretales. — 13. Lo que ha de pensarse de la máxima: *el rey, como tal, no está subordinado al juicio del papa*. — 14. Lucha entre Luis XIV y Inocencio XI sobre la *Regalia* ó *Patronato regio*. — 15. Bossuet. — 16. Carta escrita por Bossuet al papa en nombre del clero de Francia. Respuesta de Inocencio XI. — 17. Convocacion de la asamblea general del clero de Francia en 1682. Luis XIV fija las materias que habian de someterse á su deliberacion. — 18. Operaciones de la asamblea. — 19. Declaracion del 19 de marzo de 1682. Texto de los *Cuatro artículos*. — 20. Despachos reales de Luis XIV, haciendo obligatoria en todas las Universidades del reino la enseñanza de los *Cuatro artículos*. — 21. El papa condena la *Declaracion* del clero de Francia y anula todos los actos de la asamblea de 1682. — 22. Protesta del mundo católico contra la *Declaracion*. — 23. *Defensa de la Declaracion del clero de Francia*, por Bossuet. — 24. Inocencio XI rehusa dar bulas de institucion canónica á los obispos nombrados por Luis XIV. — 25. Cuestion de las *Franquicias* ó libertades. Inocencio XI las suprime. Excepto la Francia, todas las demás potencias católicas se someten á esta medida. — 26. Inocencio XI se niega á recibir, como embajador, al marqués de Lavardin, enviado por la corte de Francia. El fiscal general, Francisco de Harlay, interpone apelacion como de abuso de la conducta del papa. — 27. Luis XIV se apodera de Aviñon, é interviene en el nombramiento del arzobispo, elector de Colonia. — 28. Revocacion del edicto de Nantes. — 29. Los Turcos atacan al Austria. Mahometo IV. Kara-Mustaphá. Inocencio XI hace concluir una liga ofensiva y defensiva entre Leopoldo I, emperador de Austria, y Juan Sobieski, rey de Polonia. — 30. Sitio de Viena por los Turcos. Libramiento de la ciudad por Sobieski. — 31. Condenacion de Molinos, del *Nuevo Testamento de Mons*, etc., por Inocencio XI. — 32. Muerte de Inocencio XI.
- § III. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VIII (6 de octubre de 1689-1º de febrero de 1691).
33. Eleccion de Alejandro VIII. Luis XIV renuncia al derecho de las *Franquicias*.

Devuelve al papa Aviñon y el condado Venesino.— 34. Bula *Inter multiplices*, por la cual condena Alejandro VIII la *Declaracion del clero de Francia* de 1682 y anula todos sus actos. Muerte de Alejandro VIII.

§ I. PONTIFICADO DE CLEMENTE X (20 de abril de 1670-22 de julio de 1676).

1. A la muerte de Clemente IX se manifestó un deseo unánime de ver colocado en la tiara al sabio y piadoso cardenal Bona: tal era el voto de Roma entera. Juan Bona había nacido el 1609 en Mondovi (Piamonte), de una familia noble que, se dice, era vástago de la casa de Bonne Lesdiguières, en el Delfinado. Desde la edad de quince años abrazó la orden de los Fuldenses Bernardos, llamados en Francia *Feuillants* (Fuldenses) (1). Fué sucesivamente prior de Asti, abad de Mondovi, en 1666 general de su orden, y en fin cardenal en 1669. Las obras de Bona abrazan muchos tratados llenos de ciencia y piedad, especialmente el título *De rebus liturgicis*, que ofrece investigaciones interesantes sobre los ritos, ceremonias y oraciones de la misa. Entre sus obras ascéticas sobresale la titulada *De principiis vitæ christianæ*, comparable por su unción y sencillez á la *Imitacion de Cristo*. El libro superior suyo es el *De divina psalmodia*. Es una explicacion sabia del oficio eclesiástico, especialmente del Breviario. El gran número de investigaciones curiosas sobre el origen, orden, disposicion y significado de cada una de las partes del oficio divino, hacen de este libro una mina preciosa donde puede hallar el sacerdote el sentido de las oraciones y rezo que dice todos los dias y consideraciones propias para alimentar la devocion é inflamar el celo, levantando á un tiempo el alma y el corazon. El cardenal Bona merece colocarse entre los Padres y doctores de la Iglesia.

2. Sin embargo, no fué él elegido papa. Los votos del sacro

(1) Esta orden secundaria, desprendida de la gran familia Cisterciense, fué instituida en 1577 por Juan de la Barrière, en la abadía de Feuillant cerca de Tolosa. Sus religiosos se señalaron por sus austeridades casi sobrenaturales. Debían llevar siempre la cabeza y piés desnudos, dormir en tablas, comer de rodillas, etc. En 1630, Urbano VIII separó los Fuldenses de Francia y de Italia; y á estos les dió el título de *Reformados de San Bernardo*, conservando el de Feuillants á los de Francia.

colegio recayeron en un candidato no menos digno y virtuoso, el cardenal Altieri, que tenia á la sazón ochenta años, y que tomó el nombre de Clemente X. « Este pontífice siguió las » máximas de gobierno de su antecesor (1). Instituyó una con- » gregacion especial para disminuir los tributos. Suprimió la » décima eclesiástica mandada sacar mientras la guerra con » el Turco. Quitó muchos gastos superfluos en la corte y en el » Estado, é hizo depositar en el Monte-Pio todas las rentas que » caian en el tesoro privado del papa, para emplearlas por pú- » blica utilidad y necesidad. Por decreto de 1671 declaró que » el comercio por mayor no derogaba á la nobleza de sus Esta- » dos, y ni perjudicaba en nada á su honor, con tal que no se » mezclasen en el comercio por menor. » Así se explica un autor protestante.

3. Bajo este pontificado principió en Francia la cuestion del patronato regio francés, que mas tarde metió tanto ruido. Para conocer el origen de este negocio, es necesario hacerse idea cabal de la actitud tomada por Luis XIV para con el pontificado. A pesar del catolicismo de que hacia sincera profesion, este monarca absoluto no podia tolerar el que la corte de Roma siguiera política independiente de la suya. Vió con secreto resentimiento los familiares del papa Clemente X, cuyas simpatías mas disimuladas eran por España, á quien Luis XIV hacia guerra, y resolvió vengarse con usurpaciones del poder espiritual. Por un edicto de 10 de febrero de 1673 se hizo extensiva á todas las diócesis del reino la *regalía* ó patronato regio. Se llamaba *regalía* á una costumbre abusiva que se habia introducido en Francia de dar al real fisco las rentas de los obispados y otros beneficios vacantes. Solo se habian sustraído á esta medida arbitraria algunas diócesis contiguas á los Alpes y á los Pirineos: y así el nuevo edicto se dirigia especialmente contra ellas. El clero de Francia se mostró dispuesto á la sumision temiendo dar lugar á nuevas turbaciones por su

(1) Schräeckh, *Historia eclesiástica desde despues de la Reforma*, tomo VI, pág. 332.

resistencia : mas los obispos de Aleth y de Pamiers se resistieron solos á esta medida. El rey mandó confiscar sus temporalidades ; mas no se contentó con esto. Reclamó el derecho de cargar con pensiones militares á los beneficios de la Iglesia : y para evitar, con un acto violento, las reclamaciones que preveía de parte del papa, causó gran perjuicio á los tenedores de rentas romanas, poniendo bajo estrecha vigilancia y pesquisa las remesas de dinero á la corte de Roma. Tal era la situación de las cosas á la muerte de Clemente X. Este papa sucumbió á una larga enfermedad el 22 de julio de 1676 : legando á su sucesor las tormentas que la política de Luis XIV haría estallar entre la Francia y la Santa Sede.

4. Bajo el pontificado de Clemente X publicó Benito Espinosa, filósofo holandés, su famosa obra titulada : *Tractatus theologico-politicus*, donde profesaba abiertamente el panteísmo. Segun su sistema, la divinidad no es otra cosa sino el alma del universo que piensa en los hombres, que siente en los animales, que vegeta en las plantas, y que permanece en estado inanimado en el seno de la tierra. Y así, no hay sino una substancia, diversamente modificada, infinita en todos sentidos. Obrando Dios necesariamente de toda eternidad, la existencia de los seres es por consiguiente necesaria y eterna. Toda religion, toda revelacion son invenciones humanas. La aparicion de tal sistema indignó y llenó de espanto á todos, en el seno de una sociedad profundamente religiosa como lo era la de Luis XIV. Todas las Facultades científicas de Europa condenaron la obra de Espinosa ; y fué suprimida en todo el reino por decreto de los Estados generales de Francia.

5. Para penetrarse mejor de la repugnancia del siglo xvii por extravíos tales como los de Espinosa, conviene formarse idea exacta del movimiento filosófico que dominaba entonces. Renato Descartes, nacido en 1596, en Lahaye de la Turena, habia destronado la filosofía de Aristóteles, que reinaba como soberana desde la edad media en todas las escuelas de Europa. Su famosa *duda filosófica* se le ha reprendido frecuentemente como un gérmen de escepticismo : para disculpar á Descartes

de esta acusacion lo mejor que podemos hacer es oirlo á él mismo. « Cuando yo he dicho que no podemos saber nada » ciertamente, dice este filósofo, si no conocemos primeramente » que *existe Dios*, he dicho en términos explicitos que yo no » hablaba mas que de la ciencia de estas conclusiones, cuyo » recuerdo nos puede venir á la mente, cuando ya no pensamos en las razones de que las hemos sacado ; porque el conocimiento de los primeros principios ó axiomas no acostumbra » llamarse ciencia por los dialécticos. Pero cuando percibimos » que somos nosotros cosas que piensan, es una primera nocion » que no viene de ningun silogismo. Y cuando alguno dice : » *Yo pienso, luego soy, luego existo*, no saca su existencia de su » pensamiento como corolario de un silogismo ; sino que como » se ve una cosa conocida por sí misma, la ve con simple inspeccion de espíritu : como aparece de que si la dedujera de » un silogismo, tuviera que conocer antes esta mayor : *todo lo que piensa es ó existe* ; sino que al contrario, le está enseñada de lo que y por lo que siente en sí mismo, de que no » puede ser que piense si no existe. Porque es propio de nuestro espíritu formar proposiciones generales del conocimiento de las particulares. — Aun digo mas, y podrá parecer » paradoja, que nada hay en mi filosofía que no sea antiguo ; » porque en cuanto á los principios, yo no recibo sino los que » hasta ahora han sido conocidos y admitidos por todos los filósofos, y que por lo tanto son los mas antiguos. Y lo que yo deduzco despues, parece tan manifiestamente contenido en estos » principios que por lo mismo son antiguos, pues que la naturaleza misma los ha grabado é impreso en nuestros espíritus. » Segun estos diversos pasajes, es cierto que Descartes no intentaba poner en duda ni aun momentáneamente los primeros principios que hasta creía *innatos* en el hombre, ni aun las consecuencias morales y prácticas que se deducen naturalmente, sino únicamente los juicios y conclusiones metafísicas que constituyen la ciencia propiamente dicha. Lo que movia al ilustre filósofo á proceder así era su vivo deseo de probar á los escépticos, ateos y materialistas la existencia de Dios y la inmorta-

lidad del alma. Para curarlos, se inoculara él mismo en cierto modo en su enfermedad. Somete á la duda, al exámen y á la evidencia personal todos sus juicios y conclusiones científicas. De todos modos le queda este hecho de inmensa importancia: « Que alguno me engañe, ó no me engañe, resulta siempre » que yo dudo, que yo pienso: luego soy, y soy algo que » piensa. Hé aquí, en todo caso, algo de cierto. Y lo que no lo » es menos es que no soy yo quien me conserva la existencia, » como ni quien me la ha dado. Luego el que me la ha dado » y conserva es Dios, este ser infinitamente perfecto, de quien » tengo idea tan clara y neta como de mí mismo, y cuya existencia implica esta idea. » Tal es, en el fondo, la argumentación gradual de Descartes en sus seis *Meditaciones metafísicas*. Evitando los ordinarios rodeos del razonamiento, espera convencer por íntima evidencia á los materialistas y escépticos, los cuales mientras no reconozcan la existencia de Dios, no tendrán certidumbre ninguna en sus ciencias. Por otra parte, conviene Descartes en que su sistema no ha de aplicarse sino por ingenios escogidos, desprendidos de imágenes corporales y ejercitados en las luchas del raciocinio. Aun cuando no hubiera logrado este filósofo lo que emprendió, le hubiese bastado la gloria de haberlo intentado.

6. Los peligros del cartesianismo eran por otra parte tan grandes como sus ventajas. Bossuet los señaló con su elocuencia ordinaria. « Yo veo, dice, prepararse un gran combate contra » la Iglesia bajo el nombre de filosofía cartesiana. Veo nacer » de su seno y de sus principios, á mi parecer mal entendidos, » mas de una herejía: yo preveo que las consecuencias que se » sacan de ella contra los dogmas que nuestros padres han profesado, la van á hacer odiosa, y harán perder á la Iglesia todo » el fruto que de aquella pudiera sacarse para asentar en el » espíritu de los filósofos la divinidad y la inmortalidad del » alma. De estos mismos principios mal entendidos ataca insensiblemente á los espíritus otro inconveniente terrible; porque » so pretexto de que no se ha de admitir sino lo que se entiende » claramente, lo que reducido á ciertos límites es verdad,

» cada cual se toma la libertad de decir: *Entiendo esto, mas » no aquello*; y bajo este solo fundamento se aprueba ó desecha lo que se quiere, sin pensar que á mas de nuestras ideas » claras y distintas, hay otras confusas y generales que no » dejan de encerrar verdades tan esenciales que todo se desplomaria si se negasen. Se introduce bajo de este pretexto una » libertad de juzgar que hace que sin miramiento por la tradición se avanza temerariamente todo cuanto se piensa; y á » mi entender jamás ha aparecido este exceso mas que en el » nuevo sistema. »

7. Los discípulos de Descartes habian dado lugar á esta crítica severa: el oratoriano Malebranche fué uno de aquellos en quienes se extraviaron las especulaciones. Su objeto general en las *Investigaciones sobre la verdad*, en el *Tratado de la Naturaleza y de la Gracia*, y en las *Meditaciones cristianas y metafísicas*, era probar desde luego la concordia entre la filosofía cartesiana y la religion, y que esta filosofía suministra demostraciones de otras muchas verdades en el orden de la naturaleza y de la gracia. En esto todo era loable; mas la imaginación de Malebranche se prestaba mas á los sueños de un poeta que á la precisión de un doctor escolástico. Como hemos visto, Descartes limitaba su sistema de la duda filosófica á ciertos espíritus superiores: no queria que se sometiesen á ella los primeros principios de la razon natural, que supone innatos en el hombre, ni sus conclusiones, ni aun menos las verdades del orden sobrenatural; sino únicamente las conclusiones remotas y científicas del orden puramente natural. Malebranche, sin mencionar ninguna de estas distinciones, sienta la duda filosófica como base necesaria de todo conocimiento: afecta el mayor menosprecio por todos los filósofos pasados, y todo lo somete á la evidencia íntima, á que llama *maestro interior*, verbo de Dios comunicándose á todo hombre por la razon natural. Todo esto era ya filosofía de un visionario. El libro *De la Naturaleza y de la Gracia*, que encierra y resume en cierto modo todos estos errores, ha sido refutado victoriosamente en una obra especial de Fenelon. Bossuet se contentó con expresar en tres

palabras su juicio sobre la teoría de Malebranche : *Pulchra, nova, falsa*. Sin embargo, como se ve y á pesar de algunos extravíos puramente especulativos, la filosofía del siglo xvii estaba impregnada toda del espíritu religioso : solo en el transcurso del siguiente siglo tomó definitivamente la actitud hostil al catolicismo que ha conservado hasta nuestros días.

II. PONTIFICADO DE INOCENCIO XI (21 de setiembre de 1676-12 de agosto de 1689).

8. Al fallecimiento de Clemente X, los electores entraron en conclave en número de setenta y siete, y el 20 de setiembre por la noche el sacro colegio unánime fué á la capilla, y quisieron besar la mano del cardenal Odescalchi. Es manera menos tumultuosa la de elegir por adoracion, y que hasta para legitimar la promocion del nuevo pontífice. Odescalchi prorumpió en sollozos y pidió un poco de tiempo para reflexionar. Todo quedó en silencio, contemplando cada uno con admiracion aquel sublime espectáculo de humildad y alejamiento por las grandezas de la tierra. Al propio tiempo Odescalchi se postró la faz en tierra derramando copiosas lágrimas y suplicando á sus cólegas hicieran eleccion « de una persona mas digna » y no le abrumasen con un peso que no podian sobrellevar sus fuerzas. Los electores fueron inflexibles, y al día siguiente por la mañana un escrutinio regular confirmó á unanimidad de votos la eleccion del piadoso y modesto cardenal, que tomó el nombre de Inocencio XI. Apenas instalado en el Vaticano, mandó llamar á su sobrino Livio Odescalchi : « En nada mudarás el estado en que te encuentras, le dijo : no recibas presentes ni visitas como sobrino del papa : te contentarás con vivir en el palacio donde morábamos cuando yo era cardenal ; tú no te mezclarás en nada de gobierno de la corte. Tales son mis intenciones formales é irrevocables. » El jóven señor obedeció puntualmente á las órdenes de su tío. Inocencio XI se ocupó inmediatamente en reformas de lo interior de palacio : no admitió á su servicio sino personas recomendables por su modestia y pureza de costumbres. Se estableció una congre-

gacion de cuatro cardenales encargados de examinar la conducta y capacidad de los candidatos para los diversos beneficios : solo el mérito habia de ser título de admision. Presentó al papa cierto día el cardenal Cibo una lista de concurrentes para algunas plazas vacantes, con nota de las recomendaciones, de los respectivos protectores. Llegando al nombre de un concurrente que no tenia ninguna recomendacion, dijo Inocencio XI al cardenal : « Y esté ¿por quién está recomendado? » — Por nadie, respondió el cardenal. — En este caso, repuso el papa, Nos le damos nuestra proteccion y le preferimos á los demás. Nos curamos muy poco de recomendaciones cuando le falta virtud al recomendado : las dignidades han de ser prez del mérito, no de la ambicion ; premio de la virtud, no de las intrigas. » Tal era el pontífice á quien iba Luis XIV á encontrar en la carrera de su ambicion y despotismo. Ciertos autores han querido explicar la conducta de Inocencio XI en sus contiendas con el rey de Francia, atribuyéndola á las costumbres militares que habia contraido este papa en su juventud, alegando que Odescalchi antes de ser cardenal habia seguido la carrera militar y servido en la guerra de Flandes. Es un error que ya refutó victoriosamente el conde Rezzonico en su sabia disertacion impresa en Como en 1742. Se ha confundido al cardenal con otro Odescalchi que sirvió en efecto en el ejército de Flandes. Al contrario Inocencio XI recibió muy temprano las sagradas órdenes : y eclesiástico toda su vida, no tenia por qué resentirse de los hábitos y aspereza de los campamentos, ni del carácter de violencia ordinariamente familiar á los guerreros. Pontífice, no ha podido sacar consejo sino de sus mismos deberes como cabeza espiritual de la Iglesia y soberano independiente. « Inocencio XI, dice el protestante » Ranke, era hombre austero, humilde, piadoso ; cuya vida privada, inspirada por una justa entereza, era la mas propia » para cumplir sin cobardes condescendencias los deberes del » pontificado. »

9. Luis XIV estaba entonces en el apogeo de su poderío y gloria. La Holanda invadida en 1672, á pesar de los esfuerzos